

UMBRAL DEL MAÑANA

Serena madrugada sencilla, oscuro mundo,
sólo naturaleza, sólo tierra desnuda,
sólo descanso breve del camino,
sin inútil palabra en compañía.
Sólo, es humana la débil luz de la tierra,
la luz de las esquinas, fría como la nieve.
Un viento sopla su espíritu de beso apasionado
y adapta sus labios azules a una atmósfera amiga.

-¿Vamos a hacer la guerra?- susurran las voces

[oscuras,

los gritos humanos, rutinarios voces manchadas.
Es la voz de una sangre soterrada,
tensa, limitada en su angustia,
angustiosa piel de cuerpos como espinas.
Esa voz me cierra el paso hacia el límite inmenso
imperceptible Fuego de Dios,
calor infinito de eternos corazones, creación de sí mismo,
fecundo en su incógnito semen.
Sí: el hombre está expulso
de un jardín delicioso, que se llama
manzana, feliz árbol, desnuda Eva,
madre, de todo lo que vive y palpita.

¡Cuidado con el hombre! -advierten sus voces los

[bosques heridos

por pisadas humanas, por hachas como rayos,
mil pisadas atroces, sucia huella
de mil detritus inincorporables a sus vidas.

Hombre olvidado, sol amigo de luces y fuegos,
pon nombre nuevo a las cosas envejecidas de pronto
-ajadas, aburridas y serias-
en este mundo hostil donde crecemos.

MADRE

Madre, desnudo estoy, que nazco ahora,
tiznado con tu sangre y tu agonía.
Desconozco esta tierra. Pura hombría
es para mí nacer en media hora.

Llega el momento justo, sin demora,
para venir al mundo. Por tu vía
caminé nueve meses. Me movía
en un jardín de ensueños sin aurora.

Era senda tu vientre. Era la esquina
tu seno blando, donde yo jugaba
a un escondite ingenuo y sin sentido.

Era tu risa y voz lluvia divina
mezclada con tu sangre, que llegaba
donándome la vida en su latido.

MAITE

Mediterráneo en sol brillante al día.
Playas de arena fina y modelada.
Un aire familiar, brisa salada,
mece del pino joven la armonía.

Cielo de luz acariciante en vía
ascensional hacia la cumbre alada
del gigante Montgó; y allí, clavada,
un girón de la nube se mecía.

Sólo hay belleza juvenil y, pura
en mi retina vieja y ya vencida
por la lumbre divina y su locura.

Un dardo alicantí abrió la herida.
El latido cordial vuela a la altura
y es un ángel de Dios el que me embriada.

A LA TORRE Y HUERTA DE MAZARAMBROZ

Torre amiga y humilde concha humana,
caparazón del hombre amenazado.
Viejo arcaduz de piedra, acariciado
por siglos de agua, desde su fontana.

Junto a lo antiguo –muro sin ventana–,
todo lo nuevo apenas estrenado,
sobre un paisaje amigo, recortado
por el azul del cielo y la solana.

Tu entrega ciega y tu lenguaje austero,
hierba salvaje y jóvenes rosales,
es símbolo de aquello que más quiero.

Dulce granate dan viejos morales.
Almendros. Lirios blancos. Y, al albero,
el agua fresca de tus manantiales.

JOSÉ CARLOS GÓMEZ-MENOR.